

**APIE  
DE CALLE**CATALINA  
Gayà

JULIO CARBÓ



►► Concurrido paso de peatones en la plaza de Catalunya, el pasado viernes.

# Personajes urbanos de BCN

**E**l sábado amaneció nublado y, quizá por eso o porque era fin de semana, la Rambla a las 10.30 horas era un río de turistas que iban en busca de eso que en las guías se vende como «la experiencia Rambla». De hecho, los pocos barceloneses que cruzaban el paseo mutante lo hacían esquivando a la marabunta quemada por el sol. Libreta en mano, mi objetivo era descubrir qué es la experiencia Rambla y, por eso, permanecía inmóvil frente a una de las pajarerías. Cada 60 segundo, pasaban frente a mí entre 180 y 230 turistas. La ciudad está abarrotada. ¿Qué es la experiencia Rambla?, preguntaba. Marie, francesa, decía que «no hay un paseo así en Francia». «Ves todo tipo de gente», decía Paolo, italiano. Anastasia, rusa, se apartaba asustada pensando que quería robarle el bolso y, ya calmada, decía que «iBarcelona es preciosa!».

En este deseo de poner en palabras la experiencia Rambla, lo que descubrí, en realidad, fue a una galería de personajes que rodean a los turistas y que quizá sean la respuesta a la pregunta. Frente a la iglesia de Betlem, en la calle del Carme, se había apostado un señor que suele pedir limosna apoyado en una de las pare-

des laterales de la Catedral. El hombre es un verdadero maestro de la lástima y del amarillismo y, más de una vez, he querido darle la enhorabuena porque de cada 10 turistas que pasan por su lado, siete le dan dinero. Frente a mí, entre Canuda y Santa Anna, se instalaban trileros.

Desde mi posición estática –justo donde antes se ponía el falso Ronaldinho– veía cómo se organizaban. Primero, jugaban entre ellos, armaban un gran escándalo y, en cinco

**Unos subsaharianos corrían ante la policía y los turistas aplaudían como si fuera un ‘show’**

minutos, ya tenían un corrillo de turistas que los rodeaban buscando el espectáculo. En ese grupo, también había colegas suyos y eran estos los más entusiasmados. Luego, pasaba una pareja que se los quedaba mirando y el corrillo se cerraba. La pareja de estadounidenses ya estaba en el medio y era el centro de todas las miradas. En menos de cinco minutos, y sin entender cómo, la mujer estaba jugando. Uno de ellos vigilaba

si aparecía alguna patrulla de la Guardia Urbana.

De momento, no lo hacía. Sí lo hacía un hombre con un pájaro verde en el hombro. El animalillo no era otra cosa que una cotorra urbana. El pirata falso la llevaba atada por una patita y la enseñaba a los turistas que, para sorpresa de esta cronista, se mostraban encantados. A la lista de personajes rambleros, se añadía esa gente que pasea con el transistor a cuestas. No me refiero a señores que van escuchando el fútbol mientras pasean al perro. Este verano se lleva esa cosa ochentera de salir de casa con el loro a todo volumen.

Cambiaba de sitio buscando si es la energía de la Rambla el imán para estos personajes, o si es la Barcelona turística y barroca la que da pie a una obra propia del surrealismo mágico. Me situaba en la plaza de Catalunya. En ese punto confluyen los que llegan o se van de la Rambla. Unos chicos subsaharianos colocaban su mercancía. Llevo días viendo cómo ponen las mantas en el suelo, al cabo de unos minutos, aparecen los guardias y ellos salen corriendo. El sábado sucedía algo que hasta ahora no había visto. Los chicos se lanzaban a la calzada y un grupo de turistas se lo tomaban como un espectáculo y aplaudían y a reían. Yo me alejaba asqueada. Justo frente a la fuente de Canaletes me topaba con una banda de raterillos. El sábado, habían madrugado. Aún no habían aparecido ni los de las despedidas de soltero ni los predicadores. ≡



apiedecalle@elperiodico.com